



Lun

Sep
2020

Hermanos:

Se oye decir en todas partes que hay entre vosotros un caso de inmoralidad; y una inmoralidad tal que no se da ni entre los gentiles: uno convive con la mujer de su padre.

¿Y vosotros seguís tan ufanos?

Estaría mejor ponerse de luto y expulsar de entre vosotros al que ha hecho eso.

Pues lo que es yo, ausente en el cuerpo, pero presente en espíritu, ya he tomado una decisión como si estuviera presente:

reunidos vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesús, y yo presente en espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesús entregar al que ha hecho eso en manos de Satanás; para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu se salve en el día del Señor.

Ese orgullo vuestro no tiene razón de ser.

¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa? Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ácimos.

Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo.

Así, pues, celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad), sino con los panes ácimos de la sinceridad y la verdad.

Tú no eres un Dios que ame la maldad,
ni el malvado es tu huésped,
ni el arrogante se mantiene en tu presencia. *R/.*

Detestas a los malhechores,
destruyes a los mentirosos;
al hombre sanguinario y traicionero
lo aborrece el Señor. *R/.*

Que se alegren los que se acogen a ti,
con júbilo eterno;
protégelos, para que se llenen de gozo
los que aman tu nombre. *R/.*

Un sábado, entró Jesús en la sinagoga y se puso a enseñar. Había allí un hombre que tenía la mano derecha paralizada. Los escribas y los fariseos estaban al acecho para ver si curaba en sábado, y encontrar de qué acusarlo.

Pero él conocía sus pensamientos y dijo al hombre de la mano atrofiada:

«Levántate y ponte en medio».

Y, levantándose, se quedó en pie.

Jesús les dijo:

«Os voy a hacer una pregunta: ¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer el bien o el mal, salvar una vida o destruirla?».

Y, echando en tomo una mirada a todos, le dijo:

«Extiende tu mano».

Él lo hizo y su mano quedó restablecida.

Pero ellos, ciegos por la cólera, discutían qué había que hacer con Jesús.

San Pablo nos invita hoy a barrer lo viejo: «Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ázimos. Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo». Para llegar a hacer vida la gracia de la vida nueva de la Resurrección hay que abandonar del todo el pecado y vivir sólo de la gracia de Dios, que es lo que nos transforma en nuevas criaturas, para vivir de verdad como hijos de la luz y ser como esa pizca de levadura que fermenta toda la masa y la hace nueva. Sin embargo, el pan ázimo está hecho sin levadura; es pan de harina sin añadidos. Cristo se ha ofrecido como trigo limpio, molido en el lagar de la cruz, para hacerse pan ázimo y alimento de vida eterna para todos los hombres.

San Pablo nos exhorta a ser, como Jesús, panes ázimos: «Así, pues, celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad), sino con los panes ázimos de la sinceridad y la verdad» (1 Co 5, 8).

La Iglesia nos transmite el mensaje de la gracia, de la vida y de la resurrección, y nos envía a proclamarlo al mundo entero; nos anima a ser testigos del Señor, de su gracia, y a ser evangelizadores con alegría. Como recuerda el Papa Francisco: “El Evangelio es levadura que fermenta toda la masa y ciudad que brilla en lo alto del monte iluminando a todos los pueblos”. La buena noticia de la resurrección del Señor debe resonar en todo el mundo, para renovar toda la sociedad; debe ser anunciada a todos para sanar al hombre en su integridad. La fe cristiana, unida al amor y a la esperanza, tiene la virtud de transformar al ser humano; de curarlo de sus heridas, de enriquecerlo, de hacerlo heredero de bienes eternos. Quien se encuentra con Jesucristo resucitado y experimenta su presencia, queda transformado en su vida dejando la vieja levadura y convirtiéndose en masa nueva para dar paso a una vida nueva. Y esa nueva vida le empuja a dar testimonio de la belleza y de la bondad de su nueva existencia en la gracia de Dios.

Una de las actitudes que Jesús rechaza con más fuerza es la hipocresía. Es la actitud de la gente que quiere aparentar que son buenos y rectos, para luego manifestar lo contrario de lo que aparentan. Esta es la actitud de los escribas en este Evangelio. Jesús llama al hombre enfermo para hacer una obra buena en él. Los escribas quieren acusarle por curar en sábado, lo que estaba prohibido por la Ley de Moisés.

El texto evangélico refuerza la llamada a ser fermento de gracia con la curación de un hombre en sábado, en la sinagoga. “Voy a haceros una pregunta: ¿está permitido en sábado hacer el bien o hacer el mal?”. Y hace una pregunta aún más radical: “¿salvar una vida o dejarla perder?”. La confrontación con los fariseos y maestros de la ley es manifiesta. Dejemos que Jesús también nos mire, nos ilumine en las motivaciones e intereses que rigen nuestras decisiones y actuar de cada día. Dejemos resonar estas preguntas dentro de cada uno y que surja con sinceridad nuestra respuesta, quizás demasiado tibia y dudosa. El hombre del milagro no había pedido nada. Simplemente estaba allí, como habrá estado tantos sábados de su vida. Jesús hace este milagro en la sinagoga con el objetivo de que sea una enseñanza para todos. Allí, en el lugar donde se meditaba la Palabra, Él quiere que aparezca el cuestionamiento: la Palabra de Dios no fue dada para dejarnos paralizados, sino para traernos vida y salud.

Esta fue la razón por la cual Jesús siempre vivió en torno al amor y la compasión por sus prójimos. Además todo ser humano debe ser consciente de la necesidad de la gracia de Dios en su vida, pues es la única forma de liberarse de toda atadura, a la enfermedad o al pecado, y así la luz de la gracia resplandecerá en él y en todos los que le rodean. En suma, es la forma como cada persona se convierte en apóstol de la misericordia para los demás. ¡Jesús, en Ti confío!

Que en este día nos sigamos dejando interpelar por su mensaje, pues hoy, el Evangelio nos pone en camino, nos reta a hacer el bien, sin reparar en las dificultades o peligros que nos pueda acarrear.

¿Te sientes urgido por las palabras de Jesús? ¿Cómo te comprometes en tu servicio a los demás para que sean conscientes del amor y de la misericordia de Dios?



Monasterio de San José (La Solana-Ciudad Real)

Mar

Sep

2020

Esto dice el Señor:

«Y tú, Belén Efratá,
pequeña entre los clanes de Judá,
de ti voy a sacar
al que ha de gobernar Israel;
sus orígenes son de antaño,
de tiempos inmemoriales.
Por eso, los entregará
hasta que dé a luz la que debe dar a luz,
el resto de sus hermanos volverá
junto con los hijos de Israel.
Se mantendrá firme, pastoreará
con la fuerza del Señor,
con el dominio del nombre del Señor, su Dios;
se instalarán, ya que el Señor se hará grande
hasta el confín de la tierra.
Él mismo será la paz».

Porque yo confío en tu misericordia:
mi alma gozará con tu salvación. *R/.*

Y cantaré al Señor por el bien que me ha hecho. *R/.*

La generación de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo:

«José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por medio del profeta:

«Mirad: la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”».

La oración colecta de esta festividad nos sitúa en el centro mismo de la misión de María: las primicias de la salvación son recibidas por medio de la maternidad divina de María. El don de la gracia que suplicamos se nos conceda está en relación con el Verbo hecho carne, por el cual somos redimidos. La celebración de la natividad de María, es motivo de alegría y “aumento de paz.”

Tres nacimientos celebra la Iglesia: la natividad de Juan el Bautista. Natividad de María. Natividad de Jesucristo. Juan señala, María entrega, Jesús revela y realiza el designio del Padre en favor de la humanidad. Por este motivo nos alegramos al recordar el nacimiento de la Virgen. Todas las celebraciones marianas que remiten al Misterio de la Redención, encuentra su razón de ser en la Maternidad virginal de María. Por eso festejamos su Concepción y su Nacimiento. Igualmente, como celebramos la Encarnación del Verbo y su Natividad.

Parece que la pequeñez, la debilidad, lo que no cuenta, adquiere protagonismo en los planes de Dios. No va a ser Jerusalén sino Belén la que se convierta en el lugar del que saldrá el jefe de Israel. María va a ensalzar a Dios porque ha mirado la humildad de su esclava. A través de lo pequeño, Dios realiza las obras grandes ordenadas a la regeneración del ser humano y de toda la creación. Jesús lo señalará en sus parábolas tratando del Reino: el grano de mostaza, un poco de levadura, la semilla sembrada en el campo. Toda la fuerza de Dios manifestada en la debilidad. De Juan el Bautista, al tiempo de su nacimiento, la gente se preguntaba: ¿qué va a ser este niño? De María, nadie se pregunta qué será esta niña, pero ella canta proféticamente: “desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí, su Nombre es Santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.” De Jesús dirán sus convecinos: ¿De dónde saca esta sabiduría y esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero?

El profeta señala: “los entrega hasta el tiempo en que la madre dé a luz, y el resto de sus hermanos retornará a los hijos de Israel.” El acontecimiento de la maternidad divina de María enfoca el objetivo de la misión de Jesucristo: reunir a los hijos de Dios dispersos. Y a esta tarea son convocados todos los bautizados.

Termina este hermoso pasaje: “En pie, pastoreará con la fuerza del Señor, por el nombre glorioso del Señor, su Dios.” Bueno es recordar la figura del Buen Pastor de la que habla Jesús para reconocer en él cumplida esta profecía. Pues con la fuerza del Espíritu que descendió sobre él en el Jordán, se coloca al frente del pueblo de Dios para conducirlo a la plena posesión del Reino.

Precede a este pasaje del Evangelio la genealogía de Jesucristo. El autor sagrado señala con ella a los ascendientes de Jesús. Desde Abrahán hasta José, el esposo de María de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

Describe el evangelista la situación: “María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.” La situación está enlazada con el final de la genealogía. Si en la sucesión se prima la generación padre-hijo, al llegar a José, se hace referencia a María de la cual nace Jesús. El centro de atención pasa, del padre a la madre. Y eso tiene que ser resaltado explicando el modo de la generación humana del Verbo.

Nos encontramos ante la figura de un hombre justo: José. Le toca enfrentar una situación muy complicada. Humanamente hablando, la reacción de José, revela la lucha interior de alguien que sopesa el alcance de su determinación: denunciar a María por infidelidad o retirarse, quedando como una persona que no asume su responsabilidad. Por ser justo, es decir, un hombre bueno, determina hacer caer sobre sí el juicio de sus vecinos. Protege a María, que en todo caso será vista y compadecida como abandonada. Una lección que ilumina el modo de proceder del bautizado. Ponerse en el lugar del otro.

Dios nunca atropella al ser humano cuando desea contar con él para su plan de salvación. Del mismo modo que Lucas nos presenta el diálogo de Gabriel con María, donde se pide el consentimiento para que la generación humana del Verbo tenga lugar, así ocurre con José, se le da una explicación y se le pide su colaboración: “José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo.”

Nos encontramos no solo con un hombre bueno, sino con un verdadero creyente. Un hombre que sabe escuchar, que atiende lo que se le dice y responde asumiendo la misión de acompañar el Hijo de Dios en su proceso de madurez humana y también en su comportamiento como creyente.

En un hogar creyente Jesús crece en estatura, sabiduría y gracia, ante Dios y los hombres. María y José son eso, creyentes a carta cabal. Puestos en las manos de Dios y confiando en El para llevar a feliz término la misión encomendada.

Celebrar la natividad de la Virgen María nos sitúa ante la figura de la Madre del Señor, para aprender a estar disponibles para acoger y aceptar lo que Dios tiene reservado a cada uno, asumiendo con todas las consecuencias, la colaboración con la obra de la salvación.

¿Qué significado tiene en nuestra vida la figura de María, la Madre del Señor y de la Iglesia?

¿Hasta qué punto comprometemos toda la existencia con el plan de Dios en favor de toda la humanidad?



Convento de Santa Cruz la Real (Granada)

La Iglesia celebra hoy la Natividad de la gloriosa Virgen María, cuya vida incomparable ilumina toda la Iglesia. Natividad de Santa María Virgen, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Judá, del real linaje de David... Llamada apremiante a sumarnos al gozo de la fiesta. Con alma y corazón cantamos la gloria de Cristo en esta sagrada solemnidad de la excelsa Madre de Dios, María, a nuestros hermanos de todo el mundo y, siguiendo la liturgia, contemplemos a María brillando en la Iglesia e invitándonos a confiar en su poderosa intercesión ante Dios.

Tres sentimientos llenan hoy nuestro corazón: Tres sentimientos que llenan de amor el alma de un creyente al contemplar el nacimiento de María. Fiesta de familia... Hay que acercarse a felicitarla, y... a felicitarlos todos con ella. Es día de regocijo íntimo. Los viejos cristianos de Roma, siguiendo la costumbre de sus hermanos primeros cristianos del Oriente, encendían antorchas, marchaban en procesión presididos por el papa, a la iglesia de Santa María la Mayor, mientras cantaban letanías suplicantes rebosando cariño y amor de hijos.

«Tu natividad, Virgen Madre de Dios, es anuncio de gozo para el universo mundo», canta la Iglesia. Alegría ecuménica, universal. Gozo para la tierra. Nuestra redención alborea. Pronto nacerá el Salvador. Clarea el día. Ha pasado la noche del pecado. Amanece... Una Virgen nace con promesa infalible de redención y vida para el mundo. «Dichosa eres Santa Virgen María y muy digna de alabanza. De ti ha salido el sol de justicia, Cristo nuestro Dios», corearemos con emoción en el aleluya de la misa. Sí, tú eres la aurora que anuncia el sol: Cristo Jesús derrotará nuestra muerte y nos regalará la vida para siempre.

También se alegran los cielos. Con María, la tierra empezó a parecer hermosa a sus moradores. Dios no tenía dónde fijar su mirada. Tinieblas de pecado envolvían al mundo. Pero ahora brilla una estrella luminosa. Es María recién nacida. Un alma enteramente intacta, limpia, inmaculada... Y la mirada de las tres divinas personas se complace por primera vez al mirar la tierra. Momento inefable. Algo insólito. La fragancia de una ofrenda, el sacrificio de un corazón enamorado de Dios, subía por primera vez desde el mundo. Padre, Hijo, Espíritu Santo, con amor indecible, contemplan y miran a esa niña, bendita ya entre todas las mujeres... Y se deleitan y extasían... Me enseñan a mirarla, a quererla, a gozarme de su nacimiento, que me anuncia una vida nueva que nunca pasará. Jesucristo, vida divina, que se encerrará en sus entrañas purísimas para nacer un día en este valle de lágrimas. Al salir de su seno virginal «no marchitó la integridad de su madre, sino que la santificó», proclama la Iglesia en la liturgia de esta fiesta.

El día en que le impusieron el escapulario, decía un militante obrero francés: «No sé cómo explicar la alegría que siento al venirme por completo bajo la protección de María». ¡Qué seguridad para un bautizado sentirse por entero bajo el cariño de la Virgen! Nace en ese sacramento para ser hermano de Cristo, Primogénito de una multitud de hermanos (Rom 8, 29), y ser hijo de la Virgen. Es el gozo que sintió Dante al llegar al paraíso y detenerse a contemplar a María. «Vi en ella tanta alegría -escribe- que la derramaba a todos los santos espíritus creados para vivir en esas alturas». La liturgia nos invita a saltar de júbilo. «Se alegre tu Iglesia, Señor, y se goce en la natividad de la Virgen María, que fue para el mundo esperanza y aurora de salvación». (orac. com.).

Felicidad y gozo en «olvido deleitoso de sí y de todas cosas» (Juan de la Cruz). ¡Madre querida! Quiero imitarte en el aniversario de tu nacimiento. Nacer para Dios. Vivir sólo para el amor. Me faltan fuerzas para desaparecer, ocultarme en olvido perfecto de gustos, criterios, afectos. Tú me lo alcanzarás. Quiero encontrarme contigo, quiero abrazarte en este día.

La mirada de Dios Padre descansa amorosa en esa niña que acaba de nacer. Enamoraba su corazón de Padre. ¡Le deleita tanto mirarla...! No dejará de hacerlo ni un instante, hasta que se la lleve con él... ¡Le gustaba tanto todo lo que hacía! Escudriñaba, sobre todo, el amor que ardía en su corazón inmaculado. El deseo de agradarle siempre y de complacerle en los más insignificantes detalles...

Ella va a ser esposa y madre del Verbo. Virgen de vírgenes, será para todos modelo de intimidad con Cristo, de fidelidad al esposo querido. «La Iglesia contempla gozosa a la Virgen como purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser», enseña el Vaticano II en la constitución de la Sagrada Liturgia.

La Iglesia pide a Dios en la oración colecta de hoy:

«Concede, Señor, a tus hijos el don de tu gracia. Así, cuantos recibimos las primicias de la salvación por la maternidad de la Virgen María, conseguiremos aumento de paz en la fiesta de su natividad».

Aumento de serenidad que nos haga gozar de intimidad en dulce coloquio con ella y nos haga olvidar lo caduco. El amor hacia ella nos llevará a prescindir de todo. «Tu carta me llegó -escribía San Bernardo a su amigo Guillermo de Saint-Thierry- en la mañana de la Natividad de la Virgen. Pero el amor que siento por ella me absorbió de tal forma, que no me dejó lugar a pensar en otra cosa». Este día glorioso está lleno de María. Y también llena la Virgen la vida de sus hijos.

Mié

Sep
2020

Hermanos:

Acerca de los célibes no tengo precepto del Señor, pero doy mi parecer como alguien que, por la misericordia del Señor, es fiel.

Considero que, por la angustia que apremia, es bueno para un hombre quedarse así.

¿Estás unido a una mujer? No busques la separación.

¿Estás libre de mujer? No busques mujer; pero, si te casas, no pecas; y, si una soltera se casa, tampoco peca. Aunque estos tales sufrirán ¡a tribulación de la carne; y yo quiero ahorrársela.

Digo esto, hermanos, que el momento es apremiante. Queda como solución que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; los que están alegres, como si no se alegraran; los que compran, como si no poseyeran; los que negocian en el mundo, como si no disfrutaran de él: porque la representación de este mundo se termina.

Escucha, hija, mira: inclina el oído,
olvida tu pueblo y la casa paterna;
prendado está el rey de tu belleza:
póstrate ante él, que él es tu Señor. R/.

Ya entra la princesa, bellísima,
vestida de perlas y brocado;
la llevan ante el rey, con séquito de vírgenes,
la siguen sus compañeras. R/.

Las traen entre alegría y algazara,
van entrando en el palacio real.
«A cambio de tus padres, tendrás hijos,
que nombrarás príncipes por toda la tierra». R/.

En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos hacia sus discípulos, les decía:
«Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.
Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados.
Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas.
Pero ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!
¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis! ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que vuestros padres hacían con los falsos profetas».

San Pablo a los Corintios, nos insiste en que este mundo se acaba, para él es inminente el final de este mundo, por eso hay que lanzar una mirada a nuestra vida.

Para San Pablo, ya no es momento de cambios personales, hay que vivir de acuerdo al estado de vida con la que se ha vivido. No hay que buscar la separación o el matrimonio de manera inmediata, porque este tiempo nos apremie.

Si alguien nos anunciara el final de nuestros días, posiblemente no lo tomaríamos en serio, debido a que muchos visionarios ya han anunciado la misma catástrofe dejando un reguero de muertos para darle credibilidad a sus pseudo - profecías.

Lo que sí es cierto, es que nuestra vida es limitada, en algún momento hemos de devolverle el aliento de vida a Dios. La cuestión es cómo nos preparamos para ello. Preguntamos si hay agradecimiento en nuestro corazón por la vida recibida de Dios, puede ser un primer paso.

Podemos vernos llenos de vida y fuerza, pero el tiempo apremia, porque nunca sabremos cuándo nos vendrá la hora. La pandemia que aún estamos padeciendo nos lo recuerda cada día. Seguimos viviendo en la fragilidad y vulnerabilidad de nuestra vida.

Ni el temor, ni la lejanía en nuestros proyectos del momento de la muerte, nos justifica para dejar de prepararnos para este acontecimiento especial, ya que es el último momento de nuestro presente.

Vivir como si la vida no fuera nuestra es lo que propone San Pablo como solución. Y es cierto, la vida es de Dios, aunque es nuestro deber cuidarla, y ser protagonistas de nuestro destino, la vida sigue siendo de Dios, y lo mismo que un día nos llamó a la vida, también nos llamará a la gratitud, a la participación de su vida con Él.

San Lucas, en el Capítulo 6, nos presenta las Bienaventuranzas, en concreto son cuatro, que contraponen con otras cuatro malaventuranzas.

Llama la atención la primera donde proclama la alegría del pobre, porque los que no tienen nada, serán herederos del Reino de Dios. En esta pandemia, una vez que se abrió paso al desconfinamiento de la población, crecieron en número en nuestro país. Se les ve hacinados bajo los puentes que dan al río, en las puertas de los templos, en las calles más transitadas, alzando sus manos pidiendo limosna. Son los invisibles en este mundo visible. Y aún sólo estoy hablando de un país desarrollado. La visión aún ha de ser más amplia, cuando se trata de un país pobre. La pobreza está más extendida, y la invisibilidad social aún es mayor.

La primera bienaventuranza proclama que serán los herederos del Reino de Dios. La primera mirada del proyecto de Salvación propuesto por Dios por medio de Jesucristo es hacia ellos, los pobres.

El anuncio de la felicidad para los que lloran, de la saciedad para los que tienen hambre muestran también la irrupción del Reino de Dios, que con la presencia de Jesús de Nazaret se hace posible. Se llora cuando el corazón se encuentra quebrado por el dolor, aunque también se llora por la emoción que nos suscitan acontecimientos importantes que llenan nuestro corazón de alegría, o nos recuerdan lo que hemos amado. La bienaventuranza se centra en los que tienen el corazón quebrado por el dolor y el sufrimiento, los necesitados del consuelo de Dios. Un corazón quebrado, necesita de curación, de sanación, de una mano creadora llena de amor para que ese corazón vuelva a latir con amor esperanzado.

Las malaventuranzas, no es ningún deseo de que, a las personas ricas, alegres, y saciadas les suceda el mal. Se les proclama malaventurados porque ellos son protagonistas de su propia desdicha. Han preferido las riquezas, la hartura y la superficialidad alejándose de Dios. Ellos son los protagonistas y hacedores de su propia condena. Hay que hacer notar que no se condenan a todos los que tienen riquezas, fundamentalmente se mira a la persona, y a la manera en que su corazón se adhiere a lo material, haciendo de la riqueza el único fundamento de su vida, sólo miran a sus esfuerzos y a lo que pueden comprar. Esos son autores de su propia desdicha.

Nuestra oración se eleva hoy por los más desfavorecidos, por los faltos de ilusión, por los que no tienen para comer, por los que tienen el corazón quebrado por el sufrimiento y el dolor... para que Dios se haga presente en sus vidas y les procure una situación más digna de vida



Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Jue

Sep

2020

Hermanos:

El conocimiento engríe, mientras que el amor edifica. Si alguno cree conocer algo, eso significa que aún no conoce como es debido. Si alguno ama a Dios, ese tal es conocido por él.

Sobre el hecho de comer lo sacrificado a los ídolos, sabemos que en el mundo un ídolo no es nada y que no hay más Dios que uno; pues aunque están los que son dioses en el cielo y en la tierra, de manera que resultan numerosos los dioses y numerosos los señores, para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, de quien procede todo y para el cual somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien existe todo y nosotros por medio de él.

Sin embargo, no todos tienen este conocimiento: algunos, acostumbrados a la idolatría hasta hace poco, comen pensando que la carne está consagrada al ídolo, y como su conciencia está insegura, se mancha.

Así por tu conocimiento se pierde el inseguro, un hermano por quien Cristo murió. Al pecar de esa manera contra los hermanos, turbando su conciencia insegura, pecáis contra Cristo, por eso, si por una cuestión de alimentos peligras un hermano mío, nunca volveré a comer carne, para no ponerlo en peligro.

Señor, tú me sondeas y me conoces.
Me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares. R/.

Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias, porque me has plasmado portentosamente,
porque son admirables tus obras. R/.

Sondéame, oh, Dios, y conoce mi corazón,
ponme a prueba y conoce mis sentimientos,
mira si mi camino se desvía,
guíame por el camino eterno. R/.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«A vosotros los que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian.

Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, no le impidas que tome también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames.

Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien solo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de los que esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores, con intención de cobrárselo.

Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos.

Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros».

Pablo llega a Corinto en el segundo viaje misionero en el año 51-52, desde Atenas (Hch 17,34). Con su estancia de cerca de un año, el apóstol es capaz de constituir una comunidad cuya fama alcanzó la provincia de Acaya. Pablo escribe su carta a esta comunidad en la semana de Pascua del año 57 con la que pretende salir al paso de algunas desviaciones en la orto-doxia y en la orto-praxis, así como responder a algunas cuestiones planteadas por los miembros de la comunidad. El capítulo que nos ocupa pertenece a estos interrogantes.

En el mundo helenístico tras hacer las ofrendas a los ídolos, se vendía la carne en las carnicerías. La comunidad Corinto le presenta a Pablo su inquietud: Nosotros no creemos que en los ídolos son la divinidad, por tanto, no creemos entrar en comunión con ellos al comerla. ¿Podemos hacerlo?

San Pablo para responder se servirá del criterio del amor: "el conocimiento engríe, mientras que el amor edifica". Ellos son conscientes que en los ídolos no está Dios, pero su comportamiento puede escandalizar a otros, que viendo su conducta piensen que no lo tienen claro. Así podrían dar un anti-testimonio. Aunque ellos con su conciencia tranquila podrían comerlo, es mejor no llevar a

cabo esa práctica para no confundir a los que no saben muy bien lo que hay en su mente y su corazón y puedan ser escandalizados con su comportamiento: “Todo es lícito, pero no todo es conveniente; todo es lícito, pero no todo es constructivo” (1 Co 10,23).

La situación dista mucho de una situación actual, sin embargo; el criterio utilizado por san Pablo puede sernos de gran utilidad. En ocasiones a la hora de determinadas opciones y acciones, no hemos de mirar solo nuestra propia conciencia sino ver las repercusiones que ese comportamiento puede tener en otros: ¿es edificante para él? ¿lo puede confundir? ¿con nuestra praxis inadecuada podemos desmentir la fe que creemos?

El evangelio de hoy pertenece al sermón de la llanura de Lucas en el que Jesús se presenta como maestro, y se dirige a la comunidad cristiana describiendo una serie de actitudes sobre la ética del Reino: “A vosotros los que me escucháis os digo”.

El contexto de estas exhortaciones son los odios, difamaciones e injurias procedentes de los poderes socio-políticos que actúan, movidos por falsas acusaciones hacia los cristianos de estar contra las autoridades, las leyes imperiales, o los cultos de los dioses del imperio.

Nuestro texto está compuesto por cuatro frases contundentes que expresan las exigencias del amor en la comunidad de Jesús en clave de contraste antitético: “Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian; Bendecid a los que os maldigan; Rogad por los que os difamen”. Al escuchar esto, no podemos dejar de preguntarnos: ¿Cómo amar al enemigo? ¿Cómo haced el bien a quien nos odia? ¿Cómo bendecid a quien nos maldice? ¿Cómo pedir a Dios por aquellos que nos difaman?

Pareciera que el evangelio nos pide un imposible, algo “contra-natura” al propio ser humano. Sin embargo, no se nos está pidiendo un amor en el que fluyan sentimientos positivos hacia aquellos que dañan nuestra integridad, nuestra dignidad o nuestra fama. Se nos está pidiendo que con nuestras acciones no hagamos el mal a quienes nos lo hacen, y que, si está en nuestras manos, les hagamos el bien, es más, los bendigamos e incluso recemos por ellos como Jesús, porque, tal vez, son ignorantes o al menos no son conscientes de sus acciones: “Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Nuestro comportamiento como cristianos no es un empeño a base de puños y esfuerzo, sino que dimana de nuestra propia identidad. Como hemos conocido el amor misericordioso de Dios, ese gran regalo no podemos sino transmitirlo a otros. Amamos como hemos sido amados. Desde ahí, ¿puedes amar a tus enemigos, haced el bien a los que te odian y rezad por los que te hacen mal?



Congregación de Santo Domingo

Los dominicos, llegados a Japón en 1602, establecieron su campo de misión en la isla de Kyûshû. A su llegada, ya había sido promulgado por Toyotomi Hideyoshi un edicto de persecución contra el cristianismo. Los tormentos que esperaban a los misioneros eran espeluznantes: crucifixión, decapitación, fuego lento, agua ingurgitada y expelida violentamente, agujas o cañas clavadas entre las uñas de los dedos y otras partes del cuerpo, la «horca y hoya», suplicio que consistía en colgar a la víctima por los pies en una horca sobre una fosa hedionda o un manantial de aguas sulfurosas, y en ocasiones la expulsión del territorio japonés.

A pesar de todo, al igual que otros religiosos, los dominicos tienen el coraje de entrar en aquel país donde ya habían derramado su sangre por la fe otros compañeros. Bajo la dirección del madrileño padre Francisco Morales llegan de Manila los cinco primeros dominicos que, asentados primero en Koshiki, extienden sucesivamente su campo de acción a otras regiones de Japón. A medida que estos pioneros de la misión dominicana van informando a los superiores de Manila sobre sus dificultades, arrestos y sufrimientos, se suceden las llegadas de nuevos operarios: los padres José de San Jacinto, Jacinto Orfanell, Juan de San Jacinto, Juan de Santo Domingo, etc. Arrostrando el ambiente adverso, van apareciendo jóvenes nipones que abrazan la vida religiosa o deciden defender la fe en Cristo desde su puesto como laicos.

Gracias a la relativa calma que reinó en la primera década del siglo XVII, nuestros misioneros pudieron desplegar su actividad en diversas zonas de la isla de Kyûshû e incluso llegaron a fundar iglesias en Kyoto y Osaka. Pero la situación se agrava cuando, en 1614, Tokugawa Ieyasu publica un edicto más represivo y cruel. Los religiosos se ven entonces obligados a servirse de la oscuridad de la noche para evangelizar y animar a los laicos cristianos a participar en la ayuda y protección de los misioneros. Ieyasu muere en 1616 pero Hidetada, su sucesor en el shogunado, intensifica la opresión contra el cristianismo. Poco a poco, las cárceles se van llenando de religiosos: jesuitas, agustinos, franciscanos, dominicos y fervientes laicos cristianos, que sucesivamente serán conducidos al altar del martirio.

Estos misioneros ni siquiera en las cárceles dejaban de evangelizar. Al igual que otros religiosos, los dominicos, no sólo catequizaron a los carceleros bien dispuestos, sino que además escriben cartas y relaciones que envían clandestinamente a Filipinas y a España y que, en la mayoría de los casos, han llegado hasta nuestros días. En los archivos hay un verdadero arsenal de documentos autógrafos que, redactados tanto en libertad como en prisión, constituyen fuentes autorizadas para la historia de las misiones.

Por privilegio especial, los dominicos encarcelados podían admitir a la orden, mediante la profesión, a cristianos de probada fidelidad y piedad. Dado el fervor religioso que se respiraba en la cárcel, no faltaban oficiales que se sentían impresionados y con frecuencia el lugar, más que una prisión, parecía un convento donde convivían religiosos de diversas órdenes. Lo cual no dejaba de ser un testimonio de unidad en la confesión de la fe cristiana. Todos compartían la oración, el dolor, el celo apostólico y las mismas ansias de dar su vida por la fe.

Los mártires dominicos de Japón forman varios grupos. El padre Ceferino Puebla Pedrosa, O.P., los clasifica en tres, el primero de los cuales es el que ahora nos ocupa. El segundo grupo lo forman 19 sacerdotes, profesos y terciarios de la orden dominicana, de los cuales dieciséis fueron canonizados por Juan Pablo II el 18 de octubre de 1987. Al tercer grupo pertenecen setenta y dos laicos relacionados con la misión de los dominicos: terciarios y cofrades del Rosario, catequistas, hospederos y bienhechores, beatificados por Pío IX el 7 de julio de 1867.

Aquí sólo presentamos el primer grupo, cuya memoria se celebra el 10 de septiembre. Está formado por ocho japoneses: Domingo del Rosario, Tomás del Rosario, Mancio de Santo Tomás, Domingo de Hyuga, Pedro de Santa María, Mancio de la Cruz, Tomás de San Jacinto y Antonio de Santo Domingo; un italiano: Angel Ferrer Orsucci; un belga: Luis Flores, y diez españoles: Alfonso Navarrete, Juan Martínez de Santo Domingo, Tomás de Zumárraga, Francisco Morales, Alonso de Mena, Jacinto Orfanell, José de San Jacinto, Pedro Vázquez, Luis Bertrán Exarch y Domingo Castellet. Todos ellos fueron beatificados por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867.

Jesús González Valles, O.P.

Vie

Sep
2020

Hermanos:

El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo.

No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!

Si yo lo hiciera por mi propio gusto, eso mismo sería mi paga.

Pero, si lo hago a pesar mío, es que me han encargado este oficio.

Entonces, ¿cuál es la paga? Precisamente dar a conocer el Evangelio, anunciándolo de balde, sin usar el derecho que me da la predicación del Evangelio.

Porque, siendo libre como soy, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más posibles.

Me he hecho todo para todos, para ganar, sea como sea, a algunos.

Y todo lo hago por causa del Evangelio, para participar yo también de sus bienes.

¿No sabéis que en el estadio todos los corredores cubren la carrera, aunque uno solo se lleva el premio? Pues corred así: para ganar.

Pero un atleta se impone toda clase de privaciones; ellos para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita.

Por eso corro yo, pero no al azar; lucho, pero no contra el aire; sino que golpeo mi cuerpo y lo someto, no sea que, habiendo predicado a otros, quede yo descalificado.

Mí alma se consume y anhela

los atrios del Señor,

mi corazón y mi carne

retozan por el Dios vivo. R/.

Hasta el gorrión ha encontrado una casa;

la golondrina, un nido

donde colocar sus polluelos:

tus altares, Señor del universo,

Rey mío y Dios mío. R/.

Dichosos los que viven en tu casa,

alabándote siempre.

Dichosos los que encuentran en ti su fuerza

y tiene tus caminos en su corazón. R/.

Porque el Señor Dios es sol y escudo,

el Señor da la gracia y la gloria;

y no niega sus bienes

a los de conducta intachable. R/.

En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos una parábola:

«¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?

No está el discípulo sobre su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro.

¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Hermano, déjame que te saque la mota del ojo”, sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano».

San Pablo en este pasaje nos explica por qué predica el evangelio, a cuya tarea dedicó toda la segunda parte de su vida. No ha brotado de él mismo, “por mi propio gusto”. No lo hace tampoco por soberbia para conseguir el aplauso de sus oyentes. Después del encuentro con Jesús camino de Damasco, después de que Jesús les explicara quién era y lo sublime de su mensaje, no tiene más remedio que predicar el evangelio, la mejor noticia que puede ofrecer a sus oyentes. “No tengo más remedio y lay de mí si no anuncio el Evangelio”. Recibió este encargo del mismo Cristo.

¿Qué paga recibe? Su paga estriba justamente en poder anunciar el evangelio. Para él no hay mejor paga. Su gran gozo es predicar el evangelio para que llegue a cuantas más personas mejor y puedan gozar con la buena noticia. Después de lo dicho, comprendemos que a san Pablo predicar el evangelio le brota de lo más profundo de su corazón cristianizado.

Y hace lo que sea para ganarse a todos, para que todos puedan disfrutar de la alegría del evangelio. “Siendo libre me he hecho esclavo de todos para ganar a todos. Me he hecho débil para ganar a los débiles, me he hecho todo para todos para ganar, sea como sea, a algunos”.

En este evangelio, Jesús nos da tres lecciones de sentido común y de sentido cristiano. La primera: No puede un ciego guiar a otro ciego, porque ambos caerán en el hoyo. La consecuencia es clara, tenemos que acercarnos a los que ven bien, a los que tiene luz. Tenemos que acercarnos a Jesús que es la Luz verdadera y quien va detrás de él no camina en tinieblas... y llegará a buen puerto.

La segunda lección: Mejor acudir al maestro que al discípulo, que todavía está en época de aprendizaje. Consecuencia sencilla: Acudamos siempre a Jesús, nuestro Maestro, el que como es la verdad quiere mostrarnos la verdad de nuestra vida.

Tercera lección: Hay que tener siempre los ojos claros, buena vista para distinguir una viga de una mota. Si uno tiene una viga en su ojo no puede ir a un hermano para quitarle una mota de su ojo. Consecuencia: tratemos de quitar nuestros propios defectos, nuestras vigas. Solo después podemos tratar de quitar los defectos, las motas de los hermanos.



Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb

Sep
2020

Queridos hermanos, huid de la idolatría. Os hablo como a personas sensatas; juzgad vosotros lo que digo.

El cáliz de la bendición que bendecimos, ¿no es comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión del cuerpo de Cristo?

Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan. Considerad al Israel según la carne: ¿los que comen de las víctimas no se unen al altar?

¿Qué quiero decir? ¿Que las víctimas sacrificadas a los ídolos son algo o que los ídolos son algo? No, sino que los gentiles ofrecen sus sacrificios a los demonios, no a Dios; y no quiero que os unáis a los demonios. No podéis beber del cáliz del Señor y del cáliz de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios. ¿O vamos a provocar los celos del Señor?

¿Acaso somos más fuertes que él?

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?

Alzaré la copa de la salvación,
invocando el nombre del Señor. R/.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando el nombre del Señor.

Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo. R/.

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:

«No hay árbol bueno que dé fruto malo, ni árbol malo que dé fruto bueno; por ello, cada árbol se conoce por su fruto; porque no se recogen higos de las zarzas, ni se vendimian racimos de los espinos.

El hombre bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque de lo que rebosa el corazón habla la boca.

¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que digo? Todo el que viene a mí, escucha mis palabras y las pone en práctica, os voy a decir a quién se parece: se parece a uno que edificó una casa: cayó, ahondó y puso los cimientos sobre roca; vino una crecida, arremetió el río contra aquella casa, y no pudo derribarla, porque estaba sólidamente construida.

El que escucha y no pone en práctica se parece a uno que edificó una casa sobre tierra, sin cimiento; arremetió contra ella el río, y enseguida se derrumbó desplomándose, y fue grande la ruina de aquella casa».

La idolatría es un grave pecado que tiene muy diversas ramificaciones, aunque en todas ellas supone una negación del Dios verdadero o, lo que es peor, hacer de Él una imagen humana y sujeta a mis intereses. San Pablo se refiere en el Evangelio al ámbito sacramental y del culto y critica a la comunidad de Corinto no vivir una fe coherente con lo que significa la eucaristía en el culto, pero sobre todo, en la vida.

Celebrar como comunidad la eucaristía no es solo un recuerdo o un rito, sino que implica la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, cuya entrega es siempre actual, crea y hace nueva la fe, la comunidad. Como afirma San Juan Crisóstomo: “¿En qué se convierten los que comulgan? ¡En el Cuerpo de Cristo! ¡No muchos cuerpos sino un solo cuerpo! “Así, estamos unidos estrechamente entre nosotros y con Cristo”

El Evangelio de San Lucas nos plantea la importancia de la coherencia entre lo que creemos y vivimos. Si hay algo que Jesús continuamente denuncia es la hipocresía de los fariseos, pues habían convertido la religión en un conjunto de normas y prácticas, olvidando el corazón de la Ley que es el Amor: no un precepto, sino una exigencia, una actitud de vida, una entrega.

Jesús sale al encuentro de las gentes y les predica desde la Verdad de su Persona y de sus obras. No busca admiradores o adoradores de su persona o su doctrina, sino seguidores. Creer en Jesús significa seguirle, implicarse en la construcción del Reino, denunciar las injusticias, tener entrañas de misericordia...

Ser cristiano, pues, es construir mi existencia sobre la piedra angular de Cristo, que su Palabra se haga presente en mi ser y actuar, que su Amor haga de mi vida una fuente de alegría para los demás. Parafraseando a San Pedro: “¿A quien vamos a acudir? Solo Tú tienes Palabras de Vida Eterna”

“Al final, lo de Dios no es un puro voluntarismo ni un discurso moral sobre lo bueno y lo malo, aunque ayude a entender las categorías del deber, del bien o del mal. Lo de Dios tiene que ver con una profunda ternura por la vida y la gente, con una alegría cuya fuente es mucho mayor que cada uno de nosotros, con el extraño encuentro de lo divino y humano en Jesús, con una manera de actuar de Dios que llamamos gracia y que, cuando nos invade, transforma nuestras perspectivas, alienta nuestras luchas y nos da alas para vivir apasionados”.

(José Luis Rodríguez Olaizola “En tierra de nadie”)



Fraternidad “Amigos de Dios” de Bormujos (Sevilla)

El día **13 de Septiembre de 2020** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).